



Jornadas de Estudios Clásicos y Medievales “Diálogos Culturales”

Los ejercicios de traducción como motivos de creación literaria

Ariel Arturo Herrera

Universidad Nacional de Catamarca

aher74@yahoo.com.ar

Resumen

Con frecuencia, en los primeros ejercicios de traducción del griego y del latín al español, los alumnos son más propensos a errores sintácticos y, principalmente, de elección de significados. Arriesgan versiones que, comparadas con el sentido del texto original, ofrecen errores esperables, curiosas ocurrencias y, muchas veces, humor no buscado. Son erróneas, sin duda; pero leídas sin cotejar el original, esas traducciones parecen enigmas muy cercanos a los de un oráculo, tropos literarios u ocurrencias de quien ha perdido la razón. El objetivo del presente trabajo es analizar cómo algunos de esos errores de traducción fueron empleados como motivos de creación literaria en el cuento “La loca Justina” de *La tierra contada* (1989) de Juan Bautista Zalazar y el valor que tienen al momento de interpretar la historia.

Palabras clave: traducción - errores – creación literaria

Introducción

Los docentes que trabajamos con los alumnos de los cursos de iniciación a las lenguas clásicas hemos observado con frecuencia que, en los primeros ejercicios de traducción del griego o del latín al español, los estudiantes son más propensos a diferentes errores, principalmente, los de elección de significados, pues a menudo tienen la convicción de que en el diccionario está la traducción de una frase. Con esta falsa seguridad, arriesgan versiones que, comparadas con el texto original, ofrecen una curiosa deformación del sentido. Son erróneas, sin duda, pero en sí mismas muchas de esas “traducciones” aparentan cifrar enigmas cercanos a los de un oráculo, a la literalidad de un refrán, a tropos literarios descontextualizados o a meras ocurrencias de quien ha perdido la razón.

Por otra parte, hemos observado que el cuento “La loca Justina”, del escritor Juan Bautista Zalazar,¹ está organizado alrededor de oraciones muy parecidas al resultado de esos erróneos y curiosos intentos de traducción de los alumnos principiantes de griego y latín. Esta observación, y el hecho de que el escritor Zalazar fue también profesor de literatura, motivó nuestra indagación y orientó la búsqueda de vínculos entre esas frases de la ficción y su posible motivación en situaciones extraliterarias.

En el presente trabajo, analizamos cómo algunos de esas fallas de traducción, o traducciones recurrentes, motivaron un argumento y fueron empleados para la creación literaria en el cuento “La loca Justina” del mencionado autor.

Los primeros intentos de traducción de los alumnos

Durante varios años en el ejercicio de la docencia en Latín (Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca), se dio la oportunidad de recolectar muchas de aquellas frases producto de las traducciones de los alumnos que resultaban incorregibles con poco esfuerzo respecto del sentido del texto original. Algunos ejemplos de ellas son:

- *Romani viri tunicam rectam, et albam amplamque togam induebant.*
 - » “El hombre romano viste una túnica recta y blanca en el más alto grado de la paz.”

- *Quercus procerae in silvis Germaniae sunt.*
 - » “La encina que provoca en la tierra son hermanas.”

- *Hostium adventus terroris causa fuerat.*
 - » “La causa del adversario hostil había sido con terror.”
 - » “La llegada del terror era a causa del enemigo.”

- *Longum iter est per praecepta, breve et efficax per exempla.*²
 - » “El largo durante una breve enseñanza es eficaz con ejemplos.”
 - » “El ejemplo es un largo camino y para el maestro breve y eficaz.”

- *Domum Romanam videbimus et eius partes nominabimus. Ad eam intrabimus ex via.*

¹ Nació en La Rioja en 1922 y murió en Catamarca en 1994. El cuento forma parte del libro *La tierra contada*, Catamarca, Talleres Gráficos La Verdad, 1989, pp. 51-55.

² Sen. Ep. 6.5.

- » “Los romanos ven tales partes de la casa, las nombra al entrar hacia el camino.”
- *Meliboee, deus nobis haec otia fecit.*³
 - » “¡Oh Melibeo, contigo no cardo esto para el autor oculto!”

A estas, recogidas directamente, podríamos agregar otra que, según se sabe, es tradicional en España:

- *Tace, Lucretia, Sex. Tarquinius sum. Ferrum in manu habeo.*⁴
 - » “Toca, Lucrecia, soy Tarquino el sexy. La tengo de hierro en la mano”⁵

Comparadas con el original, todas estas traducciones van de reconocibles errores a la incongruencia, la extrañez o al misterio, no sin pasar por lo cómico. Pero, el hecho de leerlas independientemente del original desafía la comprensión e invitan a encontrarles algún sentido, pues se percibe que en ellas hay elementos válidos mal conectados entre sí.

Eugenio Coseriu, en el artículo “Lo erróneo y acertado en la teoría de la traducción”,⁶ hace una distinción entre significado, designación y sentido, muy útil no sólo para quienes traducen profesionalmente, sino también para quienes enseñan griego y latín empleando procedimientos de traducción. Sucintamente, Coseriu define los tres conceptos del siguiente modo: “el significado es el contenido dado en cada caso por la lengua, y, precisamente, exclusivamente por la lengua, por tal y cual lengua determinada. La designación, en cambio, es la referencia a las ‘cosas’ extralingüísticas, a los ‘hechos’ o ‘estados de cosas’ extralingüísticos”;⁷ en cuanto al sentido, afirma que “es el contenido particular de un texto o de una unidad textual, en la medida en que este contenido no coincide simplemente con el significado y con la designación.”⁸ Luego de considerar la interrelación de estos tres tipos fundamentales de contenido lingüístico, concluye que lo que se traduce es el sentido. Justamente, en la mayoría de las oraciones que citamos, se ha buscado traducir, en el mejor de los casos, el significado de las palabras y, por lo tanto, hay mucho contenido semántico carente del sentido esperable.

³ Verg. *Ecl.* 1.6.

⁴ Cf. “*tace, Lucretia*” inquit; “*Sex. Tarquinius sum; ferrum in manu est*” (Liv. 1.58.2)

⁵ Debo esta frase y un breve comentario al profesor Rolando Rocha.

⁶ Coseriu, Eugenio, *El hombre y su lenguaje*, Madrid, Gredos, 1991, pp. 214-239.

⁷ Coseriu, *op. cit.* p. 220.

⁸ Coseriu, *op. cit.* p. 221.

Las frases del cuento “La loca Justina”

El cuento “La loca Justina” trata básica y sencillamente sobre una mujer que no está en sus cabales y, en diversas situaciones, arroja inesperadamente frases que resultan disparatadas para los otros personajes que circunstancialmente se convierten en sus receptores. La narración se organiza alrededor de cinco de esas frases:

- 1) “La esposa del voluntario me despide desde su mirada.”
- 2) “Cuando la misericordia conocida calentaba las cavidades.”
- 3) “La maldad suele echar sangre delante de los malos.”
- 4) “El arte del vencido abre paso por doquier.”
- 5) “Un buey pesa en mi lengua.”

Si confrontamos rápidamente los dos grupos, el de los ejemplos del cuento, pretendidamente ficticios, literarios, y el de los tomados de las clases de latín, reales, no hay dudas de que ambos grupos podrían intercambiarse sin mayor esfuerzo por el grado de similitud que comportan.

Siguiendo el orden del cuento, las cuatro primeras expresiones sirven para caracterizar a la mujer mostrándola con sus facultades mentales alteradas, como lo adelanta el título “La loca Justina”; así la consideraba el pueblo. Luego el narrador comienza a poner datos e indicios que permiten al lector configurar cierta parte de la historia del personaje. Además de sus características físicas, “una espiga envejecida en forma de mujer”, su conducta cotidiana cambiaba en el mes de septiembre: dejaba su casa y recorría caminos, dando la impresión de buscar “algo que había perdido en su juventud”. Ese comportamiento le duraba sólo un mes.

El narrador, que se muestra menos simplista que el resto de los habitantes del pueblo, percibe que los enunciados de Justina no eran un “amontonamiento caprichoso de palabras”, sino que había “un sentido profundo” que no era fácil de comprender. Comienza a averiguar más sobre la vida de esta mujer, y la primera versión popular que consigue es que está loca porque “le han hecho mal en un durazno”, es decir, usaron esta fruta para causarle daño a través de un hechizo. Eso explicaría que en septiembre, cuando florecen los durazneros, ella muestre su locura errando por los callejones del pueblo.

Esta explicación, basada en la superstición popular, no convence al narrador y se pregunta:

¿Acaso no tenía un detrás lógico la presencia de palabras como “arte”, “por doquier”? Sobre todo en la boca de esta mujer

sola y casi desconocida que, vestida de desamparo y de locura, andaba hallando viajes en un pedazo de tiempo? Esa mujer que en el resto del año llevaba una vida ordenada y común?

Me intrigaba el pedazo de tiempo que estaba detenido en ella, ese trecho de vida que la acompañaba muy adentro y se renovaba en su delirio.

Después de este párrafo, un acercamiento ocasional de Justina comienza a aclarar al menos la superficie del desvarío. La mujer llega a la casa del narrador personaje a pedir agua. Por un breve momento, casi con lágrimas en los ojos, Justina intentó transmitir algo, quizás lo que todos esperaban, es decir, algún dato o un indicio que ayudara a entender ese comportamiento. Entonces el narrador agrega:

Después bajó los ojos en silencio. Y yo me atreví a tocar ese silencio. Sin que nadie le preguntara nada nos dijo ensimismada:

- Un buey pesa en mi lengua.

Y de inmediato recordé al trágico griego.

Y es aquí donde encontramos un importante detalle de este cuento. “Un buey pesa en mi lengua”, la quinta oración de la loca Justina, demorada por el narrador casi hasta el final, pertenece a la obra *Agamenón* de Esquilo. Es parte de los versos 36 y 37: [...] βούς ἐπὶ γλώσση μέγας / βέβηκεν· [...]. Salvo el adjetivo μέγας, las demás palabras están traducidas en la frase de Justina. La expresión admite ser traducida como “un enorme buey pesa sobre mi lengua”, “un enorme buey pisa mi lengua” o, incluso más poética y eficaz, “un gran buey camina mi lengua” (versión propia).

La expresión en sí misma parece incongruente, pero se trata de un proverbio “para indicar que no se puede o no se debe hablar”.⁹ La dice el vigía cuya voz abre la obra *Agamenón*. Se ha enterado que la guerra de Troya terminó, que Agamenón regresará a su palacio, pero no puede decir más, o decide no hacerlo, porque implica develar que Clitemestra, esposa de Agamenón, tiene un amante: Egisto.

[Vigía] ¡Ojalá que yo pueda estrechar con esta mi mano la bienamada mano del soberano de este palacio cuando haya llegado! Lo demás me lo callo. Un buey enorme pisa mi lengua. El propio palacio, si voz tuviera, podría decirlo con la mayor claridad, porque yo tengo el propósito de hablar del

⁹ Bernardo Perea Morales, en Esquilo, *Tragedias*, Madrid, Gredos, 1986, p. 374, nota 6 a los versos 36-37.

asunto sólo con quienes ya están informados, pero lo tengo olvidado para los que lo ignoran.¹⁰

Como es evidente, la frase previa τὰ δ' ἄλλα σιγῶ (“lo demás me lo callo”) hace preciso el sentido del proverbio y así no es difícil entender su sentido con rapidez.¹¹

En el cuento que estamos analizando, la expresión del vigía de la tragedia está empleada en el mismo sentido, sólo adelantado con la repetición de la palabra “silencio” (que resaltamos):

Después bajó los ojos en **silencio**. Y yo me atreví a tocar ese **silencio**. Sin que nadie le preguntara nada nos dijo ensimismada:

- Un buey pesa en mi lengua.

Justina le está diciendo que no puede referirle su propia historia, es decir, no puede contarle la razón de por qué sufre ese estado anual de locura, que parece no ser, no tanto, una mera demencia.

Testimonio

Para referirnos a la última parte del cuento, es necesario leer un testimonio que recogimos sobre Juan Bautista Zalazar, el autor del cuento, quien además fue profesor de latín:

Una de esas tantas tardes de exámenes, tomábamos Latín y Griego. La mesa estaba constituida por los Profesores Sra. Rosa N. Avellaneda de García, Juan Bautista Zalazar, y quien escribe [María Matilde Soria]. Los exámenes constaban de dos instancias, una escrita en la que los alumnos debían analizar y traducir un texto en la lengua original (ya sea latín, o griego –según lo que estuvieran rindiendo–), y la otra, oral, una vez que hayan aprobado el escrito. Este, reglamentariamente, duraba dos horas, de tal manera que mientras los alumnos desarrollaban sus exámenes, los profesores conversábamos en tono bajo para no perturbar al grupo. En el curso de la conversación, nos pusimos a comentar el último libro de cuentos que Zalazar había publicado, y a recordar otros publicados anteriormente; entonces a la Prof. de García se le ocurrió preguntarle de dónde sacaba esas expresiones tan dislocadas, sin sentido, o el tartamudeo que ponía en boca de algunos de sus personajes. El Profesor respondió: “De las traducciones de los alumnos, y de sus

¹⁰ vv 34-39.

¹¹ No resulta raro que esto ocurra con los sentidos figurados, es decir, que la cita real de Esquilo pueda entenderse como un disparate fuera de contexto. Sólo por ofrecer aislado otro refrán usado en poesía, pensemos en “la olla por sí misma recoge las legumbres”, de Cat. 94.2: ipsa olera olla legit.

exámenes orales”. Nos miramos sorprendidas con la Profesora, y nos empezamos a reír con disimulo.

Efectivamente, el Prof. Zalazar andaba siempre con una libretita, en la que anotaba toda expresión que al escuchar le resultara atractiva, para volcarla luego en sus cuentos o en sus poemas.¹²

Final del cuento

Retomando el comentario del cuento y a la luz de este testimonio, observamos que el narrador, apenas oye la frase de Justina, dice recordar al trágico griego, sin mayor precisión. De esta manera, el narrador da a entender que es un buen conocedor de los clásicos, pues reconoció de inmediato un detalle de una tragedia griega. Basados en el testimonio citado, la voz del narrador estaría identificada con la del autor, un profesor de materias clásicas que también escribe cuentos.

Intrigado por conocer más de la vida de esta mujer que ella misma no podía revelar (“un buey pesa en mi lengua”), el narrador decide entrar al rancho que habitaba, aprovechando su ausencia. Allí descubre que

En un viejo baúl, cubierto de polvo, estaban las Fábulas de Fedro, el Bello Gallico de César y la Ilíada. Allí estaba su juventud universitaria, según lo supe después por un pasajero que la había conocido antes. Allí comenzaba la lengua que iba caminándola, en el más aquí de los recuerdos.

No hace falta que en ese baúl esté Esquilo; la presencia de estos otros libros no sólo la conectaba con su pasado universitario, sino también explicaba, en parte, que todas las frases podrían tener un origen congruente, pero que la expresión distorsionada no permitía comprenderlas ni identificar su fuente.

Justina, sin duda, tenía un trastorno que se manifestaba en septiembre y que la impulsaba a buscar algo profiriendo este tipo de expresiones sin motivo aparente. El mensaje está cifrado: septiembre es el mes de la primavera y de los estudiantes. Septiembre, como mes de la primavera, podría indicar que el origen de su trastorno se debió a alguna tragedia amorosa, quizás un engaño, lo que justificaría perfectamente la cita de *Agamenón* de Esquilo, teniendo en cuenta el contexto; como mes de los estudiantes, no sólo estaría manifestando su frustración de universitaria, la que pudo ser causada por el mismo fracaso de amor. Por todo esto, septiembre la conectaba con su pasado de estudiante universitaria, el cual aparecía de manera delirante y completamente incomprensible para quien la oía sin prestarle demasiada atención.

¹² Testimonio que conocíamos oralmente y que pedimos por escrito a la Lic. María Matilde Soria, septiembre de 2015.

El cuento se cierra dando otra versión del origen de su locura, aparte del mencionado hechizo del durazno: se decía que “había quedado loca por haberse lavado la cabeza andando con la menstruación”, creencia popular de antaño.

Conclusiones

Es notable que el autor haya querido construir un vínculo deliberado entre las cinco frases y aquellos primeros ejercicios de lenguas clásicas. Estos puntos de contacto se reafirman por el testimonio que rodea el procedimiento creativo de este escritor quien, además, ejercía la docencia en materias como Latín, Griego y sus literaturas. A esto se suman los indicios que dejó en el cuento, es decir, la mención de las obras de Julio César, de Homero y de Fedro que el personaje Justina conservaba en un baúl. Esta presencia de la cultura clásica se hace indudable en la cita de Esquilo, confundida entre las otras frases incoherentes. Ficticias o no, las formas lingüísticas incluidas en el cuento, resultado de aquellas incongruencias de los primeros ejercicios de traducción, con sus errores esperables, con curiosas ocurrencias y, muchas veces, cargadas de humor no buscado, sirvieron de motivo a este escritor para componer minuciosamente una narración y sugerir la historia de un personaje. Esos breves textos, que promueven un diálogo entre diferentes aspectos públicos y privados de distintas culturas (creencias del Norte Argentino, las clases de latín y griego, la vida amorosa de una estudiante y un desengaño), alcanzan su grado más ingenioso y sutil en el proverbio griego, “un buey pesa en mi lengua”, sacado de su contexto original, el *Agamenón* de Esquilo, y cuya recontextualización en una narración del siglo XX cuenta con casi todo el sentido de su fuente, es decir, quien lo dice comunica la imposibilidad de expresar algo que sabe.

En síntesis, las frases curiosas caracterizan un personaje cuyo pasado de estudiante surge desordenado en el presente. La quinta, en particular, es reveladora a nivel de estilo y construcción literaria del cuento. La cita de Esquilo cifra aquello que en el cuento no se dice directamente, esto es, la historia velada del personaje Justina: su vida de estudiante universitaria durante la cual vivió un amor y un desengaño que frustró su carrera; vista desde el *Agamenón*, el fin de ese amor pudo ser trágico, lo que habría generado su locura. La vida de Justina está anclada en el ayer por esa tragedia amorosa que se manifiesta en su presente de manera incomprensible a causa de su expresión trastornada u oscura que le devuelve un pasado confuso.

Bibliografía citada

Coseriu, Eugenio, *El hombre y su lenguaje*, Madrid, Gredos, 1991.

Esquilo, *Tragedias*, Madrid, Gredos, 1986. Introducción general de Manuel Fernández Galiano; traducción y notas de Bernardo Perea Morales.

Zalazar, Juan Bautista, *La tierra contada*, Catamarca, Talleres Gráficos La Verdad, 1989.